

Canarias necesita una neutralidad total en un contexto de autogobierno, que nos permita llevar adelante una política en la zona de acuerdo con nuestros intereses". Finalmente, el PSOE opinaría por boca de su diputado por la provincia de Santa Cruz de Tenerife, Néstor Padrón: "Me parece que las islas Canarias, aunque geográficamente formen parte de África, políticamente siempre han sido europeas y españolas, por lo tanto, la resolución del Comité de la OUA constituye una injerencia en los asuntos internos de otro país".

Tanto el Congreso como el Senado aprobarían, por casi unanimidad, una misma nota de enérgica condena a la "injerencia" de la OUA. Tres voces disentarían de la mayoría, absteniéndose en las votaciones: en la Cámara Baja, la del diputado de Euskadiko Ezkerra, Letamendia ("Porque tengo presentada una enmienda a la Constitución para que se contemple el derecho a autodeterminarse de los pueblos de España"), y en la Alta, las de los señores Xirriacs, por Barcelona ("Sostengo que Canarias está colonizada por el Estado español desde el siglo XV"), y Mateo Navarros, por Alicante ("La declaración de la OUA es folklórica e irresponsable"). Posteriormente, tras la declaración del Consejo de Ministros de la OUA en el mismo sentido del Comité de Liberación sobre Canarias, el ministro de Asuntos Exteriores, Oreja Aguirre, manifestaría a Televisión Española que había dado órdenes a los embajadores españoles en África para que hicieran constar a los cuarenta y siete países que apoyaron en la votación al MPAIAC su más firme protesta por tan "intolerable postura", al mismo tiempo que adelantaba una inminente entrevista con las delegaciones africanas representadas en España, con el fin de comunicarles personalmente la protesta oficial española. Tras el respaldo del Consejo de Ministros de la OUA, el abogado tinerfeño, secretario general del MPAIAC, organización fundada en 1964, Antonio León Ferreira Cubillo, calificaba, quince años después de su exilio en Argel, desde la capital libia de "éxito de la diplomacia guanche" dicha resolución, al tiempo que anunciaba su intención de remitir el tema de la descolonización del archipiélago al Comité de los Veinticuatro de las Naciones Unidas, a donde ya en 1970 enviara un amplio "dossier" en petición de que Canarias

fuera considerada "territorio no autónomo, sometido al colonialismo español".

¿FRACASO DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA EN ÁFRICA?

Una vez las cosas así, cabe reflexionar sobre las causas que han conducido a la presente situación. Antes de cualquier análisis, lo primero que verdaderamente llama la atención, a simple vista, es que a la diplomacia española le haya cogido desprevenida la decisión del Con-

sejo de Ministros de la OUA sobre Canarias, máxime cuando se ha producido casi un consenso en torno a las tesis africanistas de Canarias, con las salvedades de Marruecos y Mauritania. ¿Adolece, a la vista de estos hechos, España de una política audaz y realista sobre África, estando sus planteamientos a remolque de los acontecimientos en dicho Continente? Como es bien sabido, ya en julio pasado recibió el Gobierno Suárez la primera notificación de envío de una comisión "ad hoc" a Canarias de parte del

Comité de Liberación, reunido por entonces en la capital de Gabón. Meses después, la alerta africanista sobre Canarias volvería a sonar con la inserción en la prensa argelina, y especialmente en el órgano oficial del FLN, de unos artículos en los que se defendía la salida independentista del archipiélago; este suceso estuvo a punto de provocar la ruptura de relaciones diplomáticas entre España y Argelia, con la mutua retirada temporal de los embajadores respectivos. Acto seguido, dos iniciativas por parte de España

El fondo y la respuesta

NO hay mucho que agradecer a Marruecos y a Mauritania por su defensa de la españolidad de las Canarias: lo que están defendiendo es su anexión del Sahara y el sometimiento del Polisario y, detrás, una posición imperial de Estados Unidos. No hay mucho que reprochar a Argelia: tiene la actitud territorial e imperial contraria. Es un asunto entre ellos, en el que España ha tenido una mala política en la aberrante forma descolonizadora del Sahara. Marruecos y Mauritania, en otros tiempos, pensaron también en Canarias y algunos de sus más destacados nacionalistas intransigentes llegaron a proponerse como objetivo Andalucía -Al-Andalus-, como hiciera Allal el Fassi. No hay mucho que temer, tampoco, de la OUA. Es un organismo destrozado desde dentro, que no ha conseguido desde que existe -el texto fundacional, la Carta de la Unidad Africana, es de 1963- ninguna de sus reivindicaciones, ni siquiera la más unitaria: la recuperación de los países racistas del continente, como África del Sur y Rhodesia. El panafricanismo, idea de los albores del siglo XX, está más lejos que nunca. Los occidentales no lo han permitido jamás, y han encontrado sus colaboracionistas para ello (asesinato de Lumumba). La Organización de Unidad Africana se ha visto más de una vez desgarrada por las luchas de sus miembros entre sí (Guinea-Ghana, Guinea-Costa de Marfil, Somalia-Etiopía, Somalia-Kenya, Nigeria-Biafra...) y ahora asiste a un enfrentamiento ya largo, el de Argelia-Marruecos (Mauritania es un comparsa de Marruecos, de quien en tiempos sufrió toda clase de amenazas, insultos y reivindicaciones territoriales).

Este es un episodio de la lucha Argelia-Marruecos, endurecida ya hace tiempo por cuestiones territoriales -fronteras mal definidas- y por diferencia de regímenes: revolucionario y con tendencia a la cogestión aquél, feudal éste. La significación revolucionaria de Argelia y la occidentalista de Marruecos, la bandera independentista de los argelinos y los polsarios frente a la inscripción en la esfera de Estados Unidos de los marroquíes -y toda la serie truculenta que va desde el asesinato de Ben Bella hasta el de Ufkir pasa por intereses de Estados Unidos- levanta fácilmente la demagogia en la reunión de la OUA en Trípoli, a nivel de Consejo de Ministros. Corre por los países africanos un viento de despecho y de ira por toda la acción neocolonialista que parte de los Estados Unidos y encuentra fácilmente aliados en Europa: contra el sostenimiento subterráneo de Rhodesia y África del Sur e incluso por la penetración que se hace desde Egipto. Y por la explota-

ción incesante de sus materias primas y de su mano de obra. En este clima cunde fácilmente la pretensión argelina, cuyo fondo es otro: forzar a España, por la amenaza permanente y la acción sobre un trozo de su territorio, a que modifique su política con respecto al Sahara, castigarla por su creciente relación con Marruecos (acuerdo pesquero).

La respuesta española es mala y torpe. Su debilidad es antigua: una desasistencia grave a las Canarias, que están en una de las peores situaciones económicas y sociales de España, desasistencia ya antigua; turbia solución del problema del Sahara y el Polisario. Y, ahora, una nota que se considera oficiosa restituyendo lugares comunes manidos y sin vigor: injerencia inadmisibles, grosera manipulación, decisión técnicamente irregular... Y, en una absurda nota oficial, una descarga contra la oposición política española -que con absoluta unanimidad se ha opuesto a la africanización de Canarias- y una incoherente alusión a que Marruecos, Mauritania y Senegal están al lado de España porque están cerca del archipiélago y pueden conocer su realidad: como si fuera una cuestión de observación ocular. No se puede ocultar tampoco la impresión de que todo este fantasmal suceso está siendo utilizado por el Gobierno para defender algunos hechos propios (el "acuerdo pesquero" y el desdén por la nacionalidad saharauí) y magnificada para despertar el nacionalismo en favor suyo. Torpeza sobre torpeza.

Todo se desvanecerá, probablemente, porque el fondo de la cuestión, la no africanidad de las Canarias, está fuera de duda. Pero existe un peligro inminente: la alteración del orden en Canarias por el fomento de la acción de Cubillo y sus desesperados. Se sabe que todas las Fuerzas Armadas están en condiciones óptimas de defender las Canarias de un ataque exterior, pero se sabe también que ese ataque no se producirá. Pero hay que temer que golpes de mano y acciones de carácter terrorista se intensifiquen en las islas. La posible tendencia a una superpresión, preventiva o consecutiva, a estos actos podría ser grave si se exagera. Podría producir efectos inversos. La atención real a Canarias, a sus problemas peculiares, a sus necesidades y a su autonomía habrán de ser una respuesta mucho más eficaz, si se hace con la velocidad necesaria, y colmando los años de retraso. Y, en el terreno de la política internacional, un concepto más claro de cuáles son los intereses de la justicia, del derecho y de España. Más una diplomacia enérgica y clara: no verbal. ■